

Indicador Político

Domingo 2 Octubre, 2016

Carlos Ramírez



***México-EE.UU.: más allá
de los braceros***

De manera lamentable porque el asunto se quedó en la mera **superficie** reactiva, las irritaciones sociales por la visita del candidato republicano Donald Trump a Los Pinos no fueron más allá del *meme*, cuando representó, dialécticamente, una oportunidad para recordar, **revisar** y redefinir las relaciones bilaterales conflictivas.

Gane o pierda Donald Trump las elecciones presidenciales del martes 8 de noviembre, México de todos modos está **obligado** por estrategia de seguridad nacional a replantear su política exterior hacia su vecino del norte. Sin enfoque histórico, los mexicanos ven en Trump al demonio, pero en el fondo Trump es sólo la **expresión** política de los sentimientos racistas de más de la mitad de los estadounidenses.

Si como decía Henry Kissinger la política exterior **comienza** donde concluye la política interior, la definición de la política exterior es una **expresión** de la política interior; sin una coherente, nacional y estratégica política de asuntos internos, las relaciones con los demás países **carecerán** de sentido político.

A pesar de algunas expresiones **despectivas** del presidente Barack Obama hacia México y su presidente y por encima de las **amenazas** de Trump de construir un muro y continuar la política de deportaciones de Obama, México sigue siendo un asunto de **seguridad nacional** de los EE.UU., pero se ha visto miedoso desde los ochenta en **replantear** con energía su relación bilateral.

Sea Trump o Hillary Clinton el próximo presidente de los EE.UU., México debe **aprender** ya a mirar a su vecino en el mismo nivel: lo que falta en desarrollo y bienestar lo llena en factor **geoestratégico**. El problema no fue la decisión de firmar un tratado de comercio libre con los EE.UU. y Canadá, sino la responsabilidad de Carlos Salinas de

Gortari de **subordinar** a México a los intereses nacionales, geopolíticos y de seguridad exterior de Washington y **liquidar** la definición histórica de la política exterior **nacional** hacia la Casa Blanca. López Mateos y Díaz Ordaz **acercaron** a México a los intereses de los EE.UU. pero usaron a Cuba como un punto de **definición** de autonomía.

Ante la sociedad estadounidense que ha **producido** a Trump y Hillary, México debería haber comenzado desde hace tiempo una discusión política abierta sobre las relaciones con Washington. Sin embargo, el congreso mexicano se hizo **eco** de la respuesta social histórica ante la visita de Trump convirtiendo los discursos de la oposición en *memes* parlamentarios y **no** es una reflexión estratégica de la política exterior mexicana. En 1986 el Senado estadounidense realizó audiencias públicas para juzgar a México y en este 2016 el congreso mexicano ha preferido **cuestionar** al presidente mexicano que a **criticar** al sistema estadounidense que

vive del racismo y la superioridad excluyente o a aportar elementos para la **nueva** política exterior mexicana hacia la Casa Blanca.

La reacción mexicana hacia Trump ha sido, en el mejor de los casos, **pedestre**. Un artículo de Guadalupe Loaeza ensalza a Hillary, esconde a México bajo las faldas de una imperialista y ve en Hillary a la Juana de Arco mexicana-gringa contra Trump, **sin** examinar que la candidata es **también** parte del establishment geopolítico y de seguridad nacional que tiene **hundido** a México en la subordinación.

México necesita convertir, otra vez, su dignidad en **eje** de la soberanía nacional ante los intereses extranjeros.

*<http://indicadorpolitico.mx>
carlosramirez@hotmai.com
@carlosramirez*